.Los Leones del Desierto

Cronista Atormentado

Capítulo 1

El anillo

El ocaso estaba cerca y el sol comenzaba a acostarse sobre las lomas de las montañas del oeste, como si estuviera cansado ante el astronómico esfuerzo de calentar el tórrido desierto de rocas y polvo rojizo de Agrestia y quisiera tomar fuerzas para otro día inclemente.

Durante las horas diurnas, el desierto era abrasador y el calor parecía tratar de adueñarse también de las escasas sombras que se atrevían a proyectarse más allá de las cuevas. Solo los escorpiones, las serpientes y algunos otros animales osados parecían atreverse a desafiarlo, aunque las bestias son siempre más pragmáticas que los humanos y rara vez se dejan seducir por pensamientos temerarios injustificables. No obstante, cuando el astro comenzaba a ponerse sobre el horizonte y el ambiente se volvía más templado y soportable, el paisaje parecía más hermoso, con su cielo pintado de tonalidades amarillentas y anaranjadas que jugueteaban con el gris pálido y el blanco de los jirones de nubes que pudieran ocasionalmente hacer acto de presencia.

El viento cálido acariciaba el rostro de tez morena de Hasif, el cual contemplaba con serenidad la puesta de sol, un bello espectáculo que amaba casi tanto como el mar y las playas de Assilah, la aldehuela donde nació y había vivido toda su vida. Todo aquello lo apreciaba con humildad, pues apenas había conocido otra cosa en sus veintidós años.

Hasif era un hombre corriente de vida apacible y quehacer honrado. Era uno de los pocos pescadores que quedaban en su pequeña aldea y el único que aún optaba por acudir a la capital del condado para vender el pescado. Todos preferían ir a Hafsed, mucho más cercana, pero era una ciudad costera y había tanta competencia que normalmente regresaba a casa con el cuerpo cansado y lleno de polvo y el bolso sin ninguna sabandija de cobre. Por ello, una vez al mes Hasif probaba suerte en Mauricenia, urbe de mercaderes de ganado y grano, al fin y al cabo estaba a una jornada de viaje a buen ritmo a través de las Montañas Rojas si uno partía antes del alba. Si bien él no era el único que ofrecía pescado, podía llegar a ganar un escorpión de cobre si tenía suerte.

Normalmente, para que el pescado no se echase a perder con el calor, viajaba de noche, con todo el peligro que ello conlleva, pero el de esta ocasión no era un viaje de negocios. Pretendía prometerse con Jamila, una hermosa joven que había conocido hacía ya dos años y de la cual estaba enamorado. Salvo aquella vez en la que de niño se le antojó ser un comerciante de loto de Umayán, Hasif nunca había tenido grandes anhelos

o caprichos, pero ella era todo lo que él ahora deseaba. Lo cambiaría todo por ella y estaba convencido de que Jamila le correspondía y accedería a pasar su vida con él en Assilah y ser su humilde esposa.

Había trabajado duro y ahorrado durante dos años para poder ofrecer ocho escorpiones de cobre[1] como dote. Era costumbre que el pretendiente o su padre pagara a la familia de la futura esposa una dote de dinero o ganado, una tradición que provenía de los tiempos en los que Agrestia tenía otro nombre y no era un ducado

A la intemperie, la temperatura comenzaba a ser soportable y Hasif decidió detenerse en una pequeña fuente que solía hacer las veces de abrevadero, que se hallaba al abrigo bajo unas altas rocas. El primer signo de civilización viva en el duro camino por esas montañas, más allá de las ruinas de alguna atalaya o refugios abandonados que se diseminaban por cada rincón. Había sido una travesía fatigosa y acalorada y quiso mojarse el rostro con agua fresca de manantial y descansar las piernas durante unos minutos.

—¿Dónde has dejado a tu burra? —le preguntó un pastor anciano y desdentado cuyas arrugas parecían haberse ensañado con su rostro. Tenía un imamah blanco muy sucio, pintado por el polvo que arrastra el viento, y se apoyaba en una delgada vara que apenas aguantaba su peso.

Hace tiempo que dejó de mencionarle que la burra no era suya, sino de su vecino y que éste se la prestaba para el viaje a la capital. La vejez no perdonaba y la mente del pobre hombre ya no recordaba como antes.

—No he venido a vender mi pescado —le respondió Hasif—, vengo para casarme.

El anciano pareció alegrarse y sonrió enseñando los únicos dos dientes que aún le quedaban sanos en la boca.

—Que tengas muchos hijos y todos ellos bien alimentados —le deseó el anciano—. Que el camino sea leve —se despidió.

—Que los dioses no posen su mirada sobre ti —le contestó.

Era la despedida habitual entre la gente plebeya sin grandes aspiraciones. El ducado de Agrestia antaño había sido el Sultanato de Kramsar (o Kramallk Khusarden, en su antigua lengua, ahora prohibida), el cual cayó ante el Imperio de Sándor cuando éste no le hacía la guerra a los pueblos del lejano este. Desde entonces, tras casi dos siglos bajo el yugo del Imperio, se había convertido en una zona muy oprimida y sus gentes más humildes deseaban una vida de paz lejos de la guerra y la mirada de los dioses, los cuales pareciera que deseaban grandes gestas y llevar gloria, dolor y cansancio a las mentes y los cuerpos de los mortales.

Tras echar un rápido vistazo a la triste figura del anciano y a las cuatro ovejas famélicas que lo acompañaban, reanudó la marcha tratando de que en sus pensamientos el bello rostro de Jamila sustituyera al del viejo desdentado y, con renovado entusiasmo, aceleró la marcha. Ya estaba cerca de su destino y la noche se aproximaba.

Al fin, tras ascender por una rocosa colina, algo que solía hacer por el simple placer de contemplar aquella vista, vislumbró la ciudad de Mauricenia. A pesar de que ya costaba ver en la lejanía a esas horas, podía distinguir las siluetas de los minaretes recortándose sobre el horizonte y cómo la puerta norte de la ciudad estaba repleta de gente que se apuraba por entrar en la ciudad antes de que cayera el sol definitivamente. El bullicio de las grandes ciudades nunca le había gustado y le agobiaba, el vislumbrar tanta cara nueva a cada paso le abrumaba y la suciedad en las calles y su gente le asqueaba. Para él, visitar las grandes urbes era un suplicio que prefería evitar lo más que pudiera. Suspiró profundamente y se imaginó en Assilah en compañía de su amada, visión que trataría de recordar a cada paso para hacer más llevadera su estancia.

Si bien el condado de Mauricenia era una de las varias excepciones en lo que a orografía se refiere, pues era una extensión de polvo y rocas erosionadas más benevolentes al viajero que el habitual suelo del ducado, Agrestia era una tierra dura de superficies pedregosas y estériles, de maltratados edificios antiguos que parecían haber sido olvidaos, de deterioradas fortalezas bien guarnecidas entre las rocosas montañas y de gente hosca al trato y supersticiosa por naturaleza, temerosa ante las brujerías nocturnas de las leyendas antiguas. Aunque no era tan fértil como Umayán, su Oasis Negro y todas sus peligrosas ciénagas, Mauricenia quizás sí era de las zonas agrícolas más importantes en el ducado, a pesar de sus extensas llanuras de polvo sin vida. Si en algo tenían grandes conocimientos los agrestianos, o *Khusarden*[2] como algunos de ellos preferían llamarse en secreto, era en encontrar y aprovechar los manantiales y el agua. Esta ciudad, sin embargo, al contrario que otras que habían sufrido mucho más el yugo de la censura sandoriana, poseía encanto y algunos de sus edificios más antiguos todavía atesoraban un anciano esplendor que obligaba a imaginar que quizás, en tiempos antiguos, sus gentes vivían mejor y que no siempre la vida fue tan dura. No obstante, en ningún lugar se podía apreciar ya rastro alguno de la antigua lengua, pues toda fue meticulosamente borrada con cincel y martillo de minaretes y demás hermosas edificaciones.

Se detuvo para observar las enormes puertas, cobijadas por un arco de piedra de estilo sandoriano, rectangular y sobrio, y contempló su contraste con el de la arquitectura agrestiana, de figuras curvas con forma de herradura, apuntados en algunos casos. Cuando Mauricenia fue

tomada, sus portones y parte de sus muros fueron derribados durante el asedio y el imperio restauró todo sin dignarse a respetar el estilo autóctono. Si no fuera por el pragmatismo económico que reinaba en Sándor, probablemente ahora no quedaría nada en pie que evocase a los tiempos de Kramsar.

Cruzó el portón, el cual estaba custodiado por dos bien pertrechados agrestianos de piel oscura y mirada inquisitiva, e hizo otro alto para refrescarse de nuevo en la gran fuente pálida que allí se hallaba para aliviar al viajero recién llegado, si bien la peste a heces de caballo y ganado normalmente desanimaba a todo aquel mauriceno que sabía de las peculiaridades de su ciudad.

—¡Hasif de Hafsed! —dijo un hombre de nariz aguileña y rostro delgado aún más moreno que el suyo. Detrás de una corta y cuidad barba, mostraba una cálida sonrisa, si bien era algo habitual en un comerciante tan ladino como él—. ¿Qué te trae por aquí a estas horas? Normalmente cuando la noche cae estás escondiéndote de las rameras y los borrachos. ¿Y dónde está tu burra?

—No he venido para hacer negocios, Firas —aseguró—. He venido a formar una familia.

—¿A formar una familia? —repitió con incredulidad el comerciante—. Que *Asahiyidia*[3] te bendiga. ¿Te vienes a vivir a la capital o acaso planeas raptar a alguna mujer para llevártela a tu aldehuela?

Hasif sonrió a pesar de que no era un hombre muy dado a hacer o a recibir de buen grado las bromas. Pero hoy su habitual serenidad y paz estaba trastocada por el sentimiento de la ilusión.

—Llevo tiempo cortejando a una mujer y ahora voy a visitar a su padre para que me de su consentimiento para casarme con ella.

Firas pareció asombrarse y tras unos segundos de duda rió y posó sus manos sobre los hombros del pescador.

—¿Te guardas aún más secretos? ¿Cómo no le habías contado nada a tu viejo amigo Firas? Eres un hombre prudente, Hasif, y los hombres prudentes viven mucho. Tendrías futuro aquí en Mauricenia. ¿Quién es ella? Vamos, cuéntame.

El pescador pareció dudar durante unos instantes. Conocía a Firas desde hacía años y le había ayudado en más de una ocasión, pero siempre había habido algo en él que no le gustaba. Su mente le prevenía, como si ésta pudiera ver algo que lo perturbaba más allá de su sonrisa de hábil

comerciante.

—Te lo diré cuando ya sea un hombre comprometido y te invite a la boda.

—Así sea —contestó Firas—. Ve y no te demores. Que tengas muchos hijos y todos ellos bien alimentados —dijo instándole a que partiera.

Meditando con los ojos entrecerrados y el ceño fruncido, el mercader se quedó contemplando como Hasif se alejaba y, cuando el pescador estaba ya lejos, volvió a mostrar su sonrisa y le gritó:

—¡Eh, Hasif! Ahora iré a beber vino a la Rosa del Desierto. Si te apetece beber conmigo o hablar de pesares y desamores allí estaré.

Hasif asintió desde la lejanía y se marchó. Firas siguió observándolo durante unos segundos, hasta que el otro hombre que lo acompañaba, y que había aguardado pacientemente a una distancia prudencial hasta que finalizara la conversación, se acercó e interrumpió sus cavilaciones.

—¿A qué ha venido a estas horas tu amigo el pescador?

—A que le partan el corazón —contestó el mercader de sonrisa perpetua—. Estos muchachos de aldea son demasiado ingenuos con las mujeres de ciudad. Si quieres una buena mujer en Mauricenia, has de pagar por ella.

—Y las mejores son las más caras —añadió el otro hombre mientras ambos reían.

Hasif estaba extrañado por el ofrecimiento de Firas. El mercader sabía perfectamente que él apenas bebía y que aún menos le gustaba frecuentar los mal'hannat[4] de ciudad. Tenía la sensación de que algo no andaba bien, así que apresuró el paso. No deseaba demorarlo más.

Caminó a paso ligero, evitando el contacto de varios borrachos y haciendo oídos sordos a las proposiciones de algunas rameras, aunque, como siempre, le dejó una sabandija de cobre al pobre anciano loco que había perdido a su hija por la enfermedad.

—Los huesos de mi hija se hielan por las noches —decía siempre—, me apena no poder acompañarla. Su cuerpecito lo metieron en aquel oscuro hueco, ahora está sola y fría por las noches. ¡Oh, dioses! Qué solos se quedan los muertos.

Hasif siempre se apenaba al ver a aquel desdichado hombre. Tras la muerte de su hija se volvió demente, perdió su negocio por el dolor y ahora mendigaba y malvivía en las calles de Mauricenia, bebiendo con las

limosnas de aquellos que se apiadaban de su sufrimiento y comiendo de sobras o de algún piadoso vecino que le traía pan o algún plato de comida.

«Es triste —pensó Hasif—, pero a veces, tras un giro inesperado del destino, cualquiera puede compartir su suerte. En un momento, la vida te lo puede arrebatar todo, dejarte sin nada y arrancarte del corazón todos los sueños que has tardado años en elaborar y trabajar. Mejor que los dioses no posen su mirada sobre nosotros, pues sus caprichos son traicioneros y te pueden traer gloria y desdicha por igual.»

Mientras caminaba meditabundo, casi sin darse cuenta llegó a la casa del padre de Jamila. Era un hermoso hogar, con un patio blanco vestido de flores desde las ventanas de arriba hasta las macetas apoyadas al lado de los bancos de piedra. Las escaleras que daban acceso a la segunda planta de la casa donde se hallaba la vivienda, se alzaban sobre las cuadras y la despensa, donde asomaban un par de ánforas de barro.

Antes de subir por las escaleras y llamar a la puerta pintada de verde para presentarse, trató de acicalarse y limpió su imamah, el cual estaba repleto de rojizo polvo del desierto. Se armó de valor y golpeó la puerta con decisión. Tras unos largos segundos de espera que a Hasif se le antojaron una eternidad, finalmente salió a recibirle un hombre orondo de nariz aguileña y perilla oscura pintada ocasionalmente por las canas. Era el padre de Jamila, el cual no sabía nada de las intenciones o sentimientos del pescador.

—¿En qué puedo ayudarte a estas horas, joven? —preguntó él.

—Soy Hasif de Hafsed —respondió— y he venido para pedir la mano de su hija Jamila.

El hombre tardó unos segundos en reaccionar hasta que, llevándose las manos a la cabeza, exclamó:

—¡¿Cómo te atreves?! ¿Quién eres tú para portar semejante afrenta?

Hasif se quedó perplejo. No esperaba para nada un recibimiento tan brusco y menos tratándose de una petición de mano. Se imaginó que la reacción no hubiera pasado de la sorpresa, si es que Jamila no le había hablado ya de él. Sacó del bolso un saco que tintineaba al manipularlo.

—He traído la dote —se apresuró a añadir—. Tengo casi diez escorpiones de cobre.

El padre de la muchacha lo empujó con cierto desespero, con tal fuerza que Hasif se desequilibró y se vio obligado a descender por las escaleras con prisa para tratar de no rodar por ellas, aunque al llegar al

último escalón cayó de bruces al suelo. Se sentía más estupefacto que dolorido.

A pesar de su tamaño, el hombre le acompañó furibundo por las escaleras casi a la misma velocidad, amenazándolo con la atención de los dioses si no se iba ahora mismo y no volvía jamás.

—Pienso llamar a los guardias y acusarte de robo —le amenazó también—. No eres más que un vulgar ratero que tratabas de robarme el grano y a saber qué cosas más. ¡Largo!

—Padre —dijo una hermosa joven de cabello negro y largo, ondulante como un mar tempestuoso de color azabache brillante. Sus ojos almendrados eran de un color marrón oscuro como la tierra de Agrestia en la noche y sus largas pestañas le daban un aspecto sensual a su mirada—. Déjame, yo me ocupo de esto.

—¿Conoces a este miserable? —le inquirió con asombro e indignación.

—Es solo un viejo conocido, otro iluso enamoradizo de aldea. Me ocuparé de él y no volverá a molestarnos más, te lo prometo —la muchacha descendió por las escaleras con gracilidad y posó su delicada mano sobre el hombro de su padre—. Ve adentro, padre, no temas.

El orondo hombre pareció dudar unos instantes, pero, tras dedicarle una furibunda mirada de desprecio al pretendiente, subió hasta el umbral de la puerta y allí quedaría expectante.

Jamila se acercó a Hasif, el cual ni siquiera había hecho el amago de levantarse y aún permanecía en el suelo boca arriba, apoyado en sus codos y ligeramente incorporado para ver aproximarse a su amada. Las mortecinas luces de la casa y de la calle iluminaban tenuemente el bello rostro de Jamila, dándole un aspecto más exótico que de costumbre a su tez morena agrestiana. A Hasif le parecía que esa noche estaba más hermosa que nunca.

—¿Se puede saber qué haces, Hasif? —preguntó con seriedad ella, agachándose a su lado aunque manteniendo las distancias.

—He venido a casarme contigo —respondió él, si bien ya no había ilusión en su mirada o sus palabras. El desafortunado enamorado ya comenzaba a comprender que nada de esto tendría el fin que él esperaba.

—Eres un necio, Hasif —le espetó ella—. Me conoces desde hace ya más de dos años y vienes ahora a pedirme matrimonio. Hace dos meses que me he prometido —esta nueva golpeó en el abatido pescador,

arrebatándole todas las fuerzas que le quedaban tras el largo viaje—. Es más, tampoco me hubiera casado contigo aunque estuviera disponible. Valgo mucho como para ser la esposa de un humilde pescador que malvive en una sucia aldea —*en eso te doy la razón*, pensó él, pero tenía un nudo en la garganta y no podía emitir sonido alguno—. Hasif, tú siempre has sido nada más que un juego para mí. Solo un hombre más entre muchos que me miraban con anhelo, solo alguien más a quien encandilar y usar para divertirme en esta aburrida ciudad. Por todo el polvo de Agrestia, Hasif, ¿tan ingenuo eres? Deberías marcharte, dejarme en paz y alegrarte por mí. Mi prometido ha pagado veinte chacales de plata como dote a mi familia, es un hombre adinerado y con influencia, y tiene ya tres esposas. Sin duda, será un gran esposo.

La poligamia no estaba bien vista en Agrestia, aunque era una excentricidad que la gente con mucho dinero sí podía permitirse para hacer ostentación de su estatus social superior. Y, dado que la sociedad de Agrestia era patriarcal, solo podía haber un cónyuge masculino.

Hasif quería desaparecer, deseaba que la tierra lo tragase tan hondo como para que la gente se olvidara de él para siempre y no poder sentir nunca más. Deseaba no haber nacido para no haber llegado jamás a este momento y su nombre y persona nunca hubieran aparecido en el mundo.

A pesar de que cada palabra que había salido de Jamila había sido como un peso sobre su alma y su cuerpo, el pescador trató de levantarse con lentitud, como si en el fondo aceptara la burla del destino y él mismo quisiera regodearse en su pesadumbre. Tras alzarse con parsimonia, finalmente reunió fuerzas y aliento y dijo:

—¿Qué es el amor de un hombre sencillo ante el poder de la riqueza? ¿Qué es el anhelo de ese hombre frente a la avaricia y la promesa de suntuosidad? Yo te lo diré: nada. No es nada, al igual que nada serás para un hombre que yace cada noche con una mujer diferente y las considera de su propiedad, las considera un objeto por el que, aunque respire y sangre, no se ha de tener consideración por sus sentimientos. No serás más que una bonita habitación con vistas, adornada con perfumes y tapices caros, a la que entrará ocasionalmente cuando tenga el capricho de visitarla. Rechazas el amor sincero por el amor por el dinero, pero algún día te darás cuenta de que la vida que has escogido no te ama y estará dispuesta a traicionarte con tanta facilidad como tú, sin saberlo, te traicionas a ti misma.

Jamila lo miró con seriedad. En un principio le había dejado hablar por lástima, pero aquellas palabras la hubieran enmudecido igualmente. Ya no era ese Hasif tímido y callado al que costaba sacarle las palabras como cuesta sacar un cubo a rebosar de agua de un profundo pozo. Tampoco ahora parecía ser un pescador de aldea moribunda cuyas palabras rara vez viajaban más allá de las chanzas vulgares y las conversaciones

triviales sobre las mujeres, el clima, el grano y el pescado. A la muchacha le dio la impresión de estar ante un hombre educado en las artes y en la oratoria, un hombre muy parecido al que ella estaba prometida. De pronto, sintió curiosidad por ese Hasif enigmático que ahora se presentaba ante ella, si bien con rapidez se obligó a quitar de su mente todo pensamiento que la alejara de una vida que ya le habían impuesto. Ella no deseaba aquel matrimonio. Su padre lo había acordado y ella poco pudo hacer más que verse obligada a la sumisión si no quería verse repudiada y mendigando por las calles de una ciudad cuyas calles se mostrarían indiferentes ante sus penurias o quejas.

«Eres un idiota, Hasif —pensó—. Si crees que las mujeres de Mauricenia podemos escoger nuestros amoríos y tener voz sobre nuestro futuro, es que no eres más que un chiquillo que poco sabes de la vida y de sus miserias. Ojalá que las dunas se traguen este mundo de hombres inmisericordes. ¡Maldita sea mi suerte! ¡Maldita sea tu inconsciencia!»

El pretendiente se quedó mirando el rostro severo de su amada, aguardando unos largos segundos réplica o algún tipo de compasión, pero esperó en vano. Finalmente, se dio la vuelta sintiéndose humillado y, antes de alejarse, dijo unas palabras que, aunque las había pronunciado en muchas otras ocasiones, ahora le dolían como ninguna otra vez antes:

—Que tengas muchos hijos y todos ellos bien alimentados.

***

Hasif comenzó a vagar entre las oscuras calles de Mauricenia, sumido en un estado de pesadumbre que le obligaba a caminar pensativo sin ningún rumbo fijo. Recordaba una y otra vez la conversación con Jamila, tratando de encontrar el sentido a su vergüenza. ¿Cómo no se había podido dar cuenta? ¿Tan ciego había estado? Los hermosos ojos almendrados de su amada habían nublado su pensamiento hasta tal punto que había ignorado mensajes claros en el comportamiento de la mujer que cualquier muchacho hubiera captado. Ahora cobraban sentido todas aquellas absurdas escusas que él en su ensimismamiento emocional había justificado tontamente, ahora recordaba con amargura aquellas risas y chanzas que ella y sus amigas le habían dedicado desde la lejanía cuando él no podía escucharlas. Se sentía ultrajado y ahora la odiaba profundamente.

Al igual que su padre, siempre había conservado cierta serenidad ante cualquier situación, pero a Hasif nunca le había importado perderla ante ella. De hecho, le gustaba la sensación de pérdida de control de sus

emociones cada vez que pensaba en Jamila. Se lo perdonaba a si mismo, pues pensaba que ella merecía cualquier tipo de perdón. Pero cuán equivocado estaba.

Entre todo ese caudal de aborrecimiento y pensamientos dañinos, decidió sentarse y refrescarse en una fuente rudimentaria cercana a unos establos. El olor a caballo que salía de las cuadras, que en cualquier otro día poco le hubiera importunado, esa noche lo irritaba hasta tal punto que por un momento se le pasó por la mente hacerse con una antorcha y prenderle fuego. Hasif había sido educado por su padre para ser un hombre de bien, un hombre meditabundo de paz y un bastión de tranquilidad ante las inclemencias de la vida en Agrestia. Pero esa noche, su padre no lo hubiera reconocido.

El pescador posó la mirada en la representación de un escarabajo dorado sujetando un círculo oscuro que se hallaba sobre el marco de una puerta al otro lado de la calle. Lo identificó con indiferencia y, aunque le vino una repentina punzada de dolor al acordarse de su padre, apartó la vista y, sumido en su aflicción, se levantó y reemprendió su marcha hacia ninguna parte.

Aquel escarabajo dorado era la representación de la diosa *Ilasalahim*, la luz del vacío, el sonido en el silencio, una divinidad a la que su padre oraba frecuentemente y su presencia en aquel concreto lugar indicaba que probablemente dentro vivía una familia en la que uno o varios integrantes habían sido sacerdotes de aquella diosa en el pasado. Según la mitología popular de los antiguos Khusarden, Ilasalahim permanecía suspendida en el vacío, sumida en su eterna quietud, dormida en la nada en un estado de conocimiento infinito, hasta que su hermano Al-Alhbaba, el padre de todo, la despertó al crear el mundo. Era la diosa de la paz y la sabiduría, adorada antaño por escribas, eruditos, filósofos y profetas. Era extraño que aquel símbolo se hallara tan a la vista, pues el Imperio de Sándor siempre persiguió con esmero y crueldad el culto a los dioses del desierto, hasta el aplastamiento de los últimos que durante siglos se habían atrevido a resistirse a su yugo. A pesar de que aún estaba muy reciente en la memoria de los agrestianos el dolor y el miedo a las represalias del Imperio, debido a que éste ya no ejercía una presión tan fuerte y drástica al menos en lo que a religión se refiere, ya muchos se atrevían a revelar su adoración a las antiguas divinidades sin tanto pudor, e incluso, algunos muy osados, aprender y hablar en secreto el antiguo idioma *luekhalef*[5].

Pero a Hasif poco le importaba eso ahora. Él solo había tratado de tener una vida sencilla, lejos de los grandes anhelos más allá de su amada y lejos de los relatos de guerras y asesinatos con la que estaba escrita la historia de Agrestia. Solo había deseado ser un humilde pescador en Assilah, tener hijos con Jamila y ser feliz con aquellos placeres modestos del día a día que él consideraba una bendición. Pero todo había desaparecido en un abrir y cerrar de ojos gracias a la burla de una mujer

caprichosa, aunque ahora comenzaba a cuestionarse si había sido realmente culpa de ella o lo era de él, por haberse creado ilusiones sobre su propia mentira. Hasif había, como se decía en Agrestia, *alzado un minarete de sueños sobre un espejismo del desierto*. Ya no quería regresar solo a su aldea ni volver a su quehacer diario sin un objetivo que siempre se le había antojado tan hermoso, ya no quería volver a su vida si Jamila no estaba en ella.

No obstante, un nuevo pensamiento estaba asomando ahora en la cabeza del pescador. Firas, el mercader de perpetua y afilada sonrisa, le había invitado a la Rosa del Desierto, aquel, a juicio de Hasif, antro frecuentado por rameras y borrachos. Firas sabía perfectamente que él aborrecía tales lugares y hacía años que no le hacía un ofrecimiento similar. Él sabía algo de todo aquello, estaba seguro. Hasif estaba convencido de que el mercader sabía perfectamente a quién venía a proponer matrimonio y cuál sería la respuesta de la pretendida. Entonces, ¿por qué no se lo contó y le ahorró la humillación? Furibundo, apresuró la marcha, esta vez con un rumbo fijo, dispuesto a que Firas le respondiera y a, si era preciso, borrarle su sonrisa de un puñetazo en la cara.

***

La Rosa del Desierto no era un lugar especialmente acogedor. Aunque había numerosos candelabros y la hoguera de una enorme chimenea crepitaba en la pared norte, era una hospedería oscura, bulliciosa y abarrotada a pesar de su amplitud. Olía a sudor, perfume de ramera y vino de mala calidad, una mezcla de aromas que podía resultar altamente desagradable para olfatos no acostumbrados como el de Hasif. En cuanto dio el primer paso dentro, el pescador enseguida se detuvo embargado por el asco, sintiéndose en cierto modo temeroso ante un ambiente que no solía ni sabía frecuentar. Aguzó la vista, obligándose a encontrar entre el gentío a aquel que había venido a buscar, tratando de no prestar especial atención a las escenas de flirteo pactado con dinero, borrachos amenazándose y lugareños riéndose y relatando historias insulsas. Finalmente, en una de las mesas más alejadas del fuego, halló lo que quería.

No pretendía parecer un niño asustado, por lo que se deshizo de su expresión dubitativa y comenzó a andar con decisión pero sin prisa, pues no deseaba llamar la atención más allá de aquellos clientes habituales que ahora lo observaban con no mucha curiosidad, hasta que al fin llamó la atención de la persona por la que estaba prestándose a este calvario.

—¡Ah, Hasif! —dijo él—. Ven y acompáñanos —añadió invitando con ademán de la mano izquierda mientras con la derecha se acercaba a los labios un cuenco de barro con vino.

El pescador se acercó con rostro severo, una seriedad tirante que no era habitual en él y, tras detenerse a una distancia prudencial de dos pasos, contestó lacónico:

—Firas.

Ninguno dijo nada durante unos segundos, solo la algarabía del local los envolvía, si bien la tensión que ahora se palpaba parecía acallarla a juicio de ambos.

Hasif miraba fijamente a los ojos del mercader, amenazando en silencio y esperando a que se atreviera a decir alguna palabra indebida. Pero no fue ninguno de los dos el que finalmente hablara. Bishur, un hombre nervudo de sonrisa ladina, aquel que acompañaba a Firas cuando Hasif llegó a Mauricenia, sonrió con malicia y dijo:

—¿Qué te ocurre pescador? ¿Acaso te han roto el corazón?

Éste estalló en carcajadas, pero el mercader no se atrevió a acompañarlo en la burla, hasta que un repentino y firme puñetazo de Hasif acalló de golpe la mofa. Bishur cayó dolorido al suelo acompañado de su taburete y le costaría unos largos instantes recuperarse.

Hasif era un hombre fuerte, de mano dura y trabajadora y cuerpo acostumbrado a las inclemencias y las jornadas largas. Los vendedores y rateros de ciudad no eran rival para él, al menos en una pelea sin armas.

—Hasif, por la ira de *Ahaghalba*[6], cálmate —exclamó Firas—. Por favor, siéntate y hablemos —Hasif dudó durante unos segundos, pero finalmente accedió y se sentó con lentitud en uno de los taburetes que estaba al otro lado de la mesa—. ¿Qué te ocurre, amigo? Jamás te había visto así. Jamás había visto pegar a alguien con tanta rabia. Que *Al-Hatalmat*[7] se aleje de tu furia o te meterás en problemas.

—¿Por qué no me lo dijiste, Firas? —inquirió Hasif—. ¿Por qué no me ahorraste esa humillación? Lo sabías. Sé que lo sabías. ¿Por qué no me lo contaste?

Esas preguntas no pillaron de sorpresa a Firas y no lo ocultó. En lugar de sonreír como era habitual en él, solo permaneció callado durante unos segundos, hasta que el sonido de una bofetada alteró y llamó la atención de Hasif, el cual se dio la vuelta con brusquedad para observar a una mujer dolida con su mano en el rostro, sentada sobre las piernas de un

hombre serio de mirada altiva y perilla clásica agrestiana bien cuidada.

—Te pago para fornicar y para que me diviertas —dijo él increpándola y señalándola con el dedo—, no para que me preguntes por mi familia. No ensucies el buen nombre de mi esposa o mis hijos mentándolos en este lugar.

Hasif estaba tan alterado que tuvo que reprimir el impulso de levantarse y golpear al individuo. No podía entender cómo alguien con esposa e hijos podía frecuentar este cuchitril y pagar por yacer con una mujer.

Mientras todo esto ocurría, con mirada aviesa y odio plasmado en sus ojos, Bishur se había incorporado sibilino dispuesto a vengar la sangre que le emanaba de su nariz, acercándose poco a poco al pescador y llevándose una mano a la espalda para sacarse lentamente un pequeño cuchillo con el mango astillado que llevaba oculto. Ya tenía localizado dónde iba a clavárselo al distraído Hasif, cuando Firas, que fue el único que se había percatado de las intenciones de su compañero, lo detuvo posando su mano con firmeza sobre el brazo dispuesto a ser el agresor. Lo miró con seriedad y le hizo un gesto con la cabeza para que se fuera. Durante un par de segundos, ambos tuvieron un enfrentamiento visual, hasta que finalmente Bishur concedió y volvió a guardar su arma, la cual apenas había salido de sus ropajes, y se marchó. Hasif solo se percató de que el hombre al que había pegado hacía unos segundos ahora se marchaba con prisa y cara de pocos amigos. Nada supo de que Firas, posiblemente, le acababa de salvar la vida.

—Hasif —dijo él—, era algo a lo que debías enfrentarte tú. No era asunto mío y tampoco hubiera sabido bien cómo decírtelo. Yo solo me inmiscuyo en asuntos ajenos hasta un punto, si algo me ha enseñado la vida es que ir más allá no es bueno para los negocios.

—¿Negocios? —preguntó Hasif con ira—. No hay negocios entre tú y yo. Soy un pescador de aldea que en ocasiones viene a Mauricenia a vender su pescado y tú vendes tinajas. No veo en qué podría haberte perjudicado haberme prevenido.

—Perdóname, Hasif. No es algo en lo que yo me meta. Tampoco sé si me hubieras creído, lo más probable es que hubieras pasado por lo mismo aunque te hubiera prevenido. Que Asahiyidia me castigue sin descendencia si miento al decirte que te deseo la felicidad con una buena mujer.

El pescador se tomó unos segundos para mascullar en su interior lo que Firas estaba argumentando. No le faltaba razón, pero seguía

pensando que debía habérselo contado.

—Probablemente, sí. Pero al menos hubiera estado preparado.

Firas sonrió por primera vez desde que Hasif le propinara el puñetazo a Bishur y le acercó el cuenco que el agredido estaba usando antes de marcharse.

—Hasif, amigo mío, eres un hombre honrado de honrada vida, eres sobrio como ninguna otra persona que haya conocido jamás y eres ingenuo como un niño de seis años. Por toda la ponzoña de *Lahatasham* [8], ¿cómo no te percataste jamás del juego de esa mujer? —Hasif no contestó, solo dejó su mirada perdida en el cuenco que ahora Firas estaba llenando de vino avinagrado y barato —. Si quieres un consejo, Hasif, búscate a una buena mujer en tu pueblo, probablemente allí sean todas tan ingenuas como tú. Las gentes de ciudad no están hechas para las de las aldeas.

Hasif no habló durante uno o dos minutos y Firas respetó ese silencio. El pescador permanecía pensativo sin despegar su mirada del vino, cavilando sobre su vida y los giros que había tomado ésta, sobre la culpabilidad de su ingenuidad y el cruel juego de Jamila que tanto revuelo había formado en su fuero interno y sobre lo que le deparaba ahora en Assilah. Finalmente despertó de su meditación, miró con seriedad al mercader, que ahora lo observaba expectante, y dijo:

—Parece que es lo mejor. Regresar a Assilah y retomar mi vida —Firas asintió lentamente, como si aprobara con solemnidad el plan de su amigo—. Pero he ahorrado mucho para pagar el casamiento y ahora tengo una bolsa con varios escorpiones de cobre que en nada gastaré en mi aldea. Firas, probablemente no vuelva jamás a Mauricenia, así que voy a hacer algo que no he hecho jamás. Beberemos vino, pero no éste capaz de matar a un camello, pagaré un buen vino.

Firas rió carcajadas aunque en su rostro se dibujaba perplejidad. Jamás había escuchado tales cosas del pescador y jamás pensaba que las escucharía de su boca.

—Cuando una mujer te rompe el corazón —dijo él—, no hay mejor compañía que un buen vino y otra mujer. Aunque creo que eso de *otra mujer* es ir demasiado lejos para ti, mi buen amigo.

Hasif se levantó dispuesto a pedir el mejor vino que en ese ma’han de mala muerte podía hallarse y contestó:

—Nunca se sabe. Que el vino y la noche hablen por nosotros.

Uno tras otro, los cuencos de barro repletos de vino fueron llevando el embriagador líquido a los labios y panzas de Hasif y Firas a lo largo de la noche, propiciando que la sinrazón de los ebrios se apropiara poco a poco de ellos. El pescador, incluso tuvo la osadía de pedir que se sentara en su regazo a una de las mujeres que buscaba clientes en el ma'han, pero pronto Hasif perdió el interés por ella y con rostro ensombrecido le pidió que se marchase. La hermosa mujer, la cual tenía el ojo derecho ligeramente amoratado aunque bien disimulado con maquillaje, se alejó ofendida, más por haber perdido el tiempo que por el rechazo, al cual estaba acostumbrado dada su profesión.

—Vamos, Hasif —le animó Firas, cuya casi perpetua sonrisa ahora parecía absurda por el influjo de la embriaguez—. Sé que es pronto, pero no permitas que al menos esta noche su recuerdo te aflija. Por las mil serpientes de Lahatasham, el veneno de esa mujer se ha clavado muy dentro de ti y no lo sacarás tan fácilmente.

—La odio —le espetó con ira Hasif, el cual estaba muy afectado por la bebida—. Se ha adueñado de mi razón, me ha embaucado, no es más que una mala mujer que ha jugado conmigo. ¡Que la oscuridad de *Muzarash* [9] caiga sobre ella, su familia y ese malnacido que la desposará!

Firas, más acostumbrado a la bebida, aún estaba lo suficientemente lúcido para comprender que estaba ante el clásico discurso del hombre despechado, no obstante invocar a aquel espíritu oscuro en aquellas horas tan tardías, más sabiendo que la mayoría no deseaba llamar la atención de los dioses, no estaba bien visto por la gente, normalmente supersticiosa.

Mientras Hasif apuraba el cuenco y se apresuraba a servirse más vino, el mercader, cuya sonrisa era ahora forzada y reflejaba su intranquilidad, bajó la voz para tratar de que su compañero de borrachera lo imitara.

—Tranquilo, amigo —dijo él—, no dejes que el vino hable por ti. Algún día recordarás esto como una mala tormenta de arena y pasearás por las cálidas dunas del matrimonio, lo juro por la Madre.

—Por supuesto —aseguró él sin intención alguna de bajar el tono—. Pero la odio porque es una ramera que se ha vendido por dinero como un objeto y ha enterrado mis sueños en lo más profundo de las rocas del desierto de Kramallk Khusarden —esa últimas palabras no hicieron más que acrecentar la intranquilidad de su acompañante, pues estaban prohibidas por el Imperio y *Agrestia* era el nombre que debía usarse—. Si yo fuera rico, pagaría por su muerte, por la de su orondo padre y por la de

ese malnacido que se acostará con ella tras pagar la dote.

Firas estaba atónito. Jamás había visto tan fuera de sí a Hasif y nunca se le hubiera pasado por la cabeza que aquel tímido y prudente pescador de aldea fuera capaz de buscarse problemas serios de una forma tan abrupta y absurda. Se percató de que poco a poco estaban llamando la atención de todos los presentes y puede que alguno hubiera escuchado las amenazas del ebrio pescador.

—Cálmate, por la furia de Ahaghalba. Ese hombre es importante en Mauricenia y muchos escuchan y ven por él, estás buscando pasar una buena temporada en los calabozos y los dioses saben si también algo más.

—Soy Hasif de Hafsed, hijo de Haraff, no le temo a la prisión o la muerte y vago por las noches de Agrestia entre hienas y sabandijas —clamó con solemnidad—. Mi padre me entrenó en el arte de la espada y podría acabar con varios antes de que la vida desaparezca de mi cuerpo y Al-Hatalmat se la lleve consigo. Si fuera rico, pagaría el precio a la Hermandad del Loto Negro para que acabara con ellos, no merecen que mi mano blanda un arma, aunque los *Qarjalsimit*[10] son tan decadentes que puede que desperdiciara mi dinero. *¡O'an mirak'talen pak'sebeud mushjilagh!* —gritó al final, llamando la atención de varios sorprendidos parroquianos.

Firas había tenido suficiente. Maldiciones de dioses, amenazas a hombres importantes, hablar el idioma prohibido y faltarle al respeto a los asesinos. A pesar de que probablemente no era más que una fanfarronada de muchos, se decía que cualquier Qarjsimit de la Hermandad del Loto Negro podría acechar entre las sombras y que tenían ojos y oídos en cada callejón de Agrestia. Era más de lo que estaba dispuesto a soportar, tenía una reputación que mantener y una vida a la que deseaba seguir apegado. Había perdido las ganas de que lo vieran frecuentando el mismo ma'han que aquel loco alborotador y mucho menos sentado a su lado y compartiendo el vino. Se levantó raudo y con voz temblorosa aunque vehemente para que los presentes pudieran escucharlo, se despidió:

—Hasif, no deseo respirar el mismo aire que tú. La locura ha emponzoñado tu mente y el vino ha enturbiado tu razón, jamás he visto tanto ímpetu por perseguir una tragedia. Pero, a pesar de que no deseo volver a cruzarme en tu camino, sí te daré un consejo: paga lo que debes, ve a dormir y procura que esa lengua desbocada que hoy se empeña en traicionarte no te meta en más problemas esta noche.

A continuación, Firas se apresuró por alejarse de la mesa lo más rápidamente posible y salió del ma'han sin mediar palabra para perderse entre los callejones de la oscura noche de Mauricenia. Hasif quedó mudo de perplejidad y tardó un buen rato en asimilar toda la situación dado su

estado de embriaguez, pero finalmente, como si algo le previniera en lo más hondo de su ser, probablemente la razón que costosamente tratara de llegar a él entre jirones de pensamientos embotados por el vino mezclados con el peculiar aroma de la Rosa del Desierto, optó por seguir el consejo del mercader de tinajas que bien sabía de la vida en la capital. Sin mediar palabra, se levantó con toda la rapidez que pudo, dejó en la mesa un escorpión de cobre y salió de aquel lugar siendo objeto de todas las miradas.

Cuando el aire fresco de la noche del desierto le golpeó en la cara, su mente se despejó lo suficiente como para caminar con más normalidad y recordar dónde se encontraba el pesebre de Firas, una humilde cuadra donde el comerciante guardaba una vaca que usaba como mula de carga, aunque después de todo lo que había pasado Hasif comenzaba a pensar que quizás no era buena idea pasar lo noche allí, tal y como tenía acostumbrado siempre que venía a la capital.

Dejándose llevar y sin ningún rumbo fijo, comenzó a vagar en silencio por las calles, a esas horas mudas y lóbregas, pensando en dejarse caer en alguna escalera o banco que le pareciera adecuado para permitirle pasar la noche a la intemperie. Después de un largo viaje y un día repleto de emociones, las piernas de Hasif comenzaban a fallarle y sentía una creciente presión en la cabeza que estaba comenzando a sobrepasar la incomodidad.

De pronto, en medio de su desagradable paseo, Hasif sintió un fuerte empujón en su espalda y cayó de bruces en el suelo golpeándose la cara con la arena de una pequeña plaza. En circunstancias normales hubiera reaccionado con rapidez y hubiera encarado al agresor, pero estaba tan bebido que lo único que pudo hacer era darse la vuelta de forma patética para caer de nuevo bocarriba esta vez. Para cuando quiso volver a intentar incorporarse, un brazo firme y malintencionado se posó sobre su cuello y ejerció la suficiente presión como para acallar cualquier grito, y una rodilla huesuda se clavó dolorosamente en su abdomen. El rostro de Bishur, ahora con la nariz inflamada y los ojos hinchados por el dolor y la ira, se acercó al del pescador mientras un pequeño aunque afilado cuchillo con mango astillado era aproximado a su ojo izquierdo de forma amenazante.

—No te muevas o te lo saco y se lo doy de comer a los buitres, maldito —susurró él—. ¿Te crees que puedes burlarte de Bishur y ver un nuevo amanecer? ¿Crees que un crío de aldea puede golpear al ratero más peligroso de los callejones de Mauricenia y regresar a casa entero? Verás un nuevo día solo si a Bishur le place.

Hasif estaba a su merced. A pesar de que gran parte de la borrachera se había disipado en cuanto ese cuchillo había aparecido cerca de su rostro, sabía que si se movía o intentaba algo, Bishur se lo clavaría en la

cara. Era consciente de que tenía pocas oportunidades, sólo podía hablar.

—No estuvo bien, lo sé —dijo al fin—, pero el amor ha truncado mi vida…

—¿Amor? —interrumpió él mofándose—. El único amor que Bishur entiende es el amor por el dinero. El dinero lo puede comprar todo, incluso el amor fingido de esa perra por la que te has encaprichado, para que se cuele en la entrepierna cuando a uno le plazca. Puede comprar hombres y tierras, puede comprar la amistad y el afecto y puede comprar la vida y la muerte.

«¿Es este el fin de Hasif, hijo de Haraff? —se dijo el desdichado pescador, que había comprendido que la situación era para él trágica—. Lisiado o puede que asesinado en una sucia calle del lugar que más aborrezco. Maldito sea el amor, malditos los caprichos y las ingenuidades de un amante.»

De repente, como haciendo justicia poética a las últimas palabras que Bishur pronunciaría en vida, ante el amedrentado rostro de Hasif una jambiya de hermosa manufactura y mango hecho de ónice salió de la oscuridad y con una gran precisión se clavó en el delgado cuello del ratero de Mauricenia, provocando que un repentino río de sangre se precipitara sobre el rostro y cuerpo del acongojado pescador de Assilah. Bishur soltó desesperado su arma y quedó de rodillas al lado de Hasif, intentando en vano durante unos segundos que sus manos contuvieran el rojo caudal y su vida, hasta que sus fuerzas comenzaron a flaquear y su cuerpo se volvió más pesado. Mientras el ratero luchaba por permanecer apegado a su existencia en el mundo, Hasif observó extrañado al hombre que lo había salvado: era de piel aún más morena que la suya y, bajo una media melena negra y lacia, se hallaba una cara lánguida y unos ojos sombríos de mirada aviesa que reflejaba odio. Sus ropas eran también oscuras como la noche y en su mano aún portaba el arma ensangrentada que había herido de muerte a Bishur. Cuando a Hasif se le empezaba a pasar por la cabeza mostrarle su agradecimiento, el extraño individuo lo agarró con fuerza por sus ropajes y comenzó a arrastrarlo hasta un lóbrego callejón cercano mientras el confuso pescador echaba un último vistazo al cuerpo del ratero, que, en su empeño por aferrarse a lo conocido, aún mostraba los últimos estertores antes de expirar. Ahora, Hasif tenía ante su garganta aquella arma que instantes antes le había salvado la vida.

—Muy bien, Hasif de Hafsed, hijo de Haraff —dijo el extraño mientras le agarraba con fuerza la mandíbula para que lo mirara fijamente a los ojos. Su voz era áspera, como si saliera de lo más profundo del aborrecimiento—, veremos si todo lo que has aprendido viajando entre hienas y sabandijas te salva ahora el sucio pellejo. Tu osadía ha sellado tu destino y tu lengua ha propiciado que mi hoja ansíe degollarte, pero tu sensatez ahora deberá decidir si morirás de forma rápida o con agonía.

Respóndeme a lo que quiero escuchar y, si me gusta la respuesta, será una muerte clemente. ¿Por qué una vulgar rata como tú tiene tanto atrevimiento como para mancillar el nombre de los Qarjalsimit? ¿Por qué un perro como tú busca con tanto anhelo la muerte?

Al fin, Hasif había comprendido que estaba ante uno de ellos. Enemigos del Imperio de Sándor y verdugos despiadados, los Qarjalsimit eran casi un mito en Agrestia y pocos vivos podían y se atrevían a relatar un encuentro con ellos. Y no parecía que Hasif fuese a ser uno de esos afortunados.

El pescador se había resignado. Si no fuera porque había cometido tantas imprudencias seguidas en una sola noche, podría haber pensado perfectamente que los dioses habían confabulado para perseguir hoy su muerte. Pero, al fin y al cabo, él mismo había buscado un final calamitoso para toda aquella historia.

—Fue el vino y el resentimiento los que hablaron por mí. Llevo una vida tan apacible lejos de esta ciudad maldita por los dioses, que las idas y venidas de los asesinos y los asesinados se me antojan indiferentes. Sé poco sobre los Qarjalsimit más allá de las historias de mi padre y no me interesan en absoluto. Yo solo quería una vida de casado.

Sin borrar el gesto de desprecio de su rostro, el extraño dibujó una extraña sonrisa en su boca y dijo:

—He matado a mucha gente. Mercenarios, nobles, sacerdotes, mercaderes… todos ellos asesinados con el arma que ahora te quitará la vida a ti. Casi todos ellos eran deplorables y merecían la muerte, aunque alguno simplemente cometió el error de meterse donde no le llamaban. Pero en tu caso es diferente. Creo que eres el tipo más necio al que habré asesinado en toda mi vida.

—Pues acaba ya con esto, no lo demores más —contestó con la extraña tranquilidad de alguien que encara la muerte en paz—. Demasiado se ha alargado ya este día y lo que menos quiero es que acabe con una charla incómoda que se prolonga demasiado.

—Eres tan idiota que creo que te regalaré una muerte rápida para librar al mundo cuanto antes de tu necedad.

El asesino agarró con fuerza los ropajes del pescador dispuesto a acabar finalmente con él, cuando se percató de que con el forcejeo un objeto brillante y metálico le había golpeado la mano. Cuando advirtió de qué se trataba, en un instante su rostro cambió completamente y su eterna mirada de odio casi se desdibuja por la perplejidad. Era un león dorado plasmado en un anillo de oro, el cual Hasif llevaba consigo colgado al cuello con un largo cordel de cuero. El asesino apretó su jambiya aún

más contra el cuello del pescador y con enojo preguntó:

—¿Dónde has conseguido esto, rata? ¿A quién se lo has robado?

Hasif miró de reojo aquella reliquia cuyo significado desconocía y sin inmutarse respondió:

—Era de mi padre.

—Mientes —aseguró el individuo entrecerrando sus ojos.

—Me hallo ante un Qarjsimit que ha decidido mi destino y tiene su daga sobre mi cuello. ¿En qué me beneficiaría ahora una verdad o una mentira? Mi padre me lo regaló antes de que la muerte se lo llevara y me pidió que no lo perdiera, que lo llevara siempre conmigo, pero sin mostrárselo a nadie, hasta que el momento oportuno llegara. Aunque dudo mucho que éste sea el momento al que se refería.

El extraño observó durante unos instantes el anillo y después miró con fijeza a sus ojos. Parecía estar inquiriendo con su mirada al alma del pescador, como si tratara de sonsacar silenciosamente información. Tras unos segundos que a Hasif le parecieron una eternidad, el asesino dijo:

—Parece que tu padre te ha salvado la vida.

A continuación, el asesino le propinó un severo puñetazo en la cabeza y Hasif quedó aturdido durante unos minutos. Al principio, esperaba el agudo dolor de una cuchillada o algún otro tipo de tortura, pero solo le siguió el sonido de sus jadeos y el del frío viento de la noche agrestiana. Cuando finalmente se atrevió a alzar la vista, se encontró con que la única compañía que podía llegar a atisbar era la del cuerpo inerte de Bishur, el cual parecía esperar pacientemente a que alguien lo recogiera para darle sepultura. Dolorido, el pescador se incorporó con esfuerzo y sostuvo entre sus manos el anillo que lo acababa de salvar de una muerte segura, aquel regalo de su padre que ahora parecía un acertijo dorado repleto de misterios. ¿Qué era? ¿Qué significado tenía? ¿Por qué le había salvado? Cuando Hasif al fin se levantó, se percató de que una ligera claridad se asomaba por el horizonte. Se estaba haciendo de día y no le apetecía que la gente lo viera cerca del cuerpo de aquel ratero, aunque, recordando las cosas que vociferó en el ma’han, no le apetecía que nadie lo encontrara bajo ninguna circunstancia. Quizás esconderse y descansar en el pesebre de Firas no era tan mala idea, después de todo.

[1] Ocho escorpiones de cobre equivalían a ochenta sabandijas de cobre (comúnmente conocido en el este como peniques), la mitad del valor de

una cobra de plata. Mucho dinero para un humilde pescador.

[2] Nombre que se daban a sí mismas las gentes del antiguo y sometido Reino de Kramsar.

[3] Diosa de la familia, protectora de las mujeres embarazadas.

[4] Plural de ma'han. Nombre que se le daban a las tabernas en Agrestia.

[5] Lengua de los khusarden.

[6] El iracundo y cruel dios de las tormentas de arena y las plagas de langostas.

[7] La diosa de la muerte y las artes mágicas que no se deben conocer.

[8] Diosa loca relacionada con los escorpiones y las serpientes. Según la creencia popular, gusta de adoptar forma de hermosa mujer para seducir a los mortales y llevarlos poco a poco a la muerte.

[9] El Regresado, es un dios que se quitó la vida para volver de entre los muertos y atormentar a todos aquellos que no sean descendientes de Mehrón o Kramsar.

[10] Plural de Qarjsimit, miembro asesino de la Hermandad del Loto Negro.